

Bloc de notas



El gran oído de John O'Hara

El autor de **Cita en Samarra** dominaba como nadie la conversación: prueba de ello es el volumen de relatos **La chica de California**



LUIS M. ALONSO

John O'Hara tenía muy buen oído. De los mejores. Era una especie de grabadora humana, hasta el punto que durante cuatro décadas del siglo pasado se convirtió en el más cualificado espía de la ficción estadounidense. Su dominio de la conversación le servía para reflejar en sus cuentos –decenas de ellos publicados en el “New Yorker”– las inquietudes de personajes pertenecientes a todos los estratos sociales. Alguien dijo de él que sus diálogos poseían tanta textura que permitían al lector escuchar lo que decían e incluso lo que callaban los protagonistas de las historias. Acabó siendo reconocido como la cuña entre Hemingway y Scott Fitzgerald, algo que a él no le hubiera satisfecho suficientemente ya que siempre aspiró a ser el mejor de todos.

En el “New Yorker”, desde la fundación en 1925, publicó un total de 274 historias cortas, más que Updike y Cheever, otros dos maestros del género asiduos en las páginas de la revista. Pero nadie como él reivindicó el estilo de la publicación: “el diálogo como vehículo privilegiado de la narración, y un final abrupto o sorprendente, cuando no revelador, en el sentido de la epifanía de Joyce”, recuerda el editor Didac Aparicio en el prólogo de **La chica de California (y otros relatos)**, tomo que recoge una selección de algunos de los mejores cuentos de O'Hara y que acaba de publicar traducidos al castellano la editorial Contra.

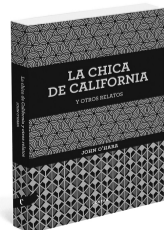
O'Hara nació en Pottsville, Pensilvania, una pequeña ciudad extraordinariamente próspera orgullosa de su banca, su comercio, y los ricos yacimientos de antracita. Un lugar que se jactaba también de tener dos diarios, una importante agitación cultural y cierta preeminencia en el fútbol americano. Pese a ello, su enclave minero (la Región) fue escenario de algunas de las luchas obreras más prolongadas y violentas de la historia de América, entre los propietarios de las minas, presbiterianos en gran medida, y los mineros irlandeses católicos.

En ese caldo de cultivo vino al mundo el irlandés John O'Hara en el seno de la familia de un prominente cirujano, hecho que le condujo desde el primer día a mantener una posición social muy por encima de la de sus paisanos de origen. Sus amigos, por contra, eran los *wasp* de la aristocracia del carbón. Creció fascinado por la seda de las corbatas, la elección del alfiler para prenderlas, la marca de un coche y de un whisky, los clubs de campo y los bares de moda. A estos últimos destinó buena parte de sus energías. Más de uno sostiene que la fascinación por esos detalles le llevó a fallar como escritor: en la creencia popular anida, además, que era un autor especialmente dotado para los cuentos que desperdició su talento en las novelas. **Cita en Samarra** (1934), su brillante retrato de un país a punto de hundirse en la Depresión, podría por sí sola desmentirlo. En cualquier caso, en los asun-

tos que manejó, los que se refieren a las diferencias de clase, el sexo y el alcohol, y que equivalen a parte de la historia secreta de la vida americana de su tiempo, no es fácil superarlo. Nadie, ejemplo entre cientos, ha evocado como a él a los parroquianos de un bar.

Una parte buena de su literatura pero también otra mala provienen de la afición a la bebida. O'Hara era uno de esos tipos que piensan que el último whisky de la noche sólo se mejora con la primera cerveza de la mañana y pertenecía a una generación de escritores norteamericanos para los que la bebida no significaba únicamente un par de cócteles después del trabajo, sino desaparecer durante dos o tres días y despertar al siguiente sin un recuerdo claro de lo ocurrido. El alcohol fue también, a su vez, el combustible volátil que disparó muchos de sus relatos y novelas: la aludida **Cita en Samarra**, y **Butterfield 8** (1935) son ejemplos de ello. Inspiradas en la Prohibición convierten a su autor en una especie de transgresor de la ley, asociado a los contrabandistas y la cháchara feliz de los speakeasies, desprendiendo un dulce y nauseabundo aroma a corrupción.

O'Hara puede que no haya sido, en contra de lo que él solía pensar, el mejor escritor del siglo XX, ni siquiera de su tiempo, pero sí uno de los más adictivos. Prueben a leer cualquiera de las veinticinco historias de **La chica de California** y no dejarán pasar la que sigue sin hincarle el diente. Están muy bien editadas, magníficamente traducidas, y sirven para presentar al escritor a quienes no hayan tenido hasta ahora el placer de leerlo. Jamás, créanme, se arrepentirán de haberlo conocido.



La chica de California (y otros relatos)

JOHN O'HARA

Contra, 2016, 318 páginas, 20 euros

Tinta fresca

Las voces del horror

Studs Terkel y su historia oral de la II Guerra Mundial



TINO PERTIERRA

Ahora que el merecidísimo premio Nobel a Svetlana Alexievich ha reconocido el valor de los autores que usan los testimonios de las personas para construir una historia oral de acontecimientos fundamentales de la Humanidad bien está recordar el titánico esfuerzo de Studs Terkel por hacer lo mismo en Estados Unidos. De sus titánicos esfuerzos es un ejemplo perfecto **La guerra “buena”**. Terkel (Nueva York, 1912–Chicago, 2008), da la voz a aquellos muchachos que partieron para luchar en la II Guerra Mundial contra enemigos feroces en lugares de los que ni siquiera habían oído hablar en sus pueblos de origen. Pero también escucha a mujeres en la retaguardia, soldados rusos, chavales de la esquina, militares alemanes. El resultado es un mosaico inmenso y preciso, un coro de voces que rememora con distintos acentos y talantes unos hechos de los que el cine nos da una imagen distorsionada y sobre los que los historiadores pasan a menudo de refilón. La gente de la calle. Las verdaderas víctimas incluso en la victoria. Los que sobrevivieron pero no volvieron a ser nunca los mismos. Los testigos del horror y el coraje, espectadores privilegiados de escenas que ningún ser humano debería contemplar nunca. También hablan quienes nacieron durante la guerra o después de ella. Y periodistas. Y cineastas. Bill Barney, formaba parte de la tripulación del avión que lanzó la bomba atómica sobre Nagasaki: “Sé que si la guerra hubiese durado más tiempo, se habría llegado a usar otra bomba en Europa. Teníamos vuelos simulados, nos preparábamos. Volábamos dos o tres mil millas. Un bombardero, un piloto y yo. Realizábamos esa clase de misiones, todas en Alemana. En eso basábamos nuestros pensamientos. Japón fue una simple cuestión de tiempo y lugar adecuados, una decisión de Truman tomada en el último minuto, o así es como yo lo veo”. O el piloto negro Lowell Steward: “El departamento de Guerra no admitía la mezcla. Seguíamos teniendo nuestro propio campamento de descanso. Entre los pilotos negros había una camaradería maravillosa. Hablábamos de nuestras hazañas voladoras. Todos nuestros aviadores eran realmente buenos por la simple razón del entrenamiento tan exhaustivo al que habían sido sometidos. En un principio no sabían qué hacer con nosotros, así que se dedicaron a adiestrarnos más y más. Cuando fuimos al extranjero, la mayoría de nuestros pilotos habían recibido un entrenamiento de vuelo de tres veces superior al de los pilotos blancos y, por consiguiente, éramos el triple de buenos que ellos. Bueno, digamos que éramos el doble de buenos”. O John García, fontanero en Pearl Harbor: “Otro oficial me había pedido que me metiera en el agua para recoger a los soldados que habían salido disparados de los barcos. Algunos estaban inconscientes, otros habían muerto. De modo que me pasé el resto del día nadando dentro del puerto junto a otros hawaianos. No sé cuántos cuerpos llegué a sacar, ni cuántos tenían aún vida o estaban muertos. Otro hombre los iba metiendo en ambulancias y se los llevaban de allí. Nos pasamos todo el día haciendo eso”.



La guerra “buena”

STUDS TERKEL

Capitán Swing, 2016
736 páginas, 29 euros